

TURISMO HEROICO

Guadalupe en la Historia

Fué en sus orígenes Guadalupe, allá en los primeros años del siglo XIV, una humilde ermita y un hospital, bajo la advocación de Santa María de Guadalupe, y en donde recibía culto la imagen que había encontrado, milagrosamente, el pastor cacereño Gil Cordero, que tuvo su casa en la calle ya llamada de Caleros, y en cuyo solar se levantó en el siglo XVII la ermita que aún existe en esta calle.

Por los campos de Extremadura había pasado el Rey Alfonso XI en su turbulenta minoría, y siguió después viniendo a ellos y rindió también culto a la sagrada imagen, levantando en 1336 una iglesia, de estilo mudéjar, que es el que privaba en la región por la influencia del foco toledano.

Los montes de Guadalupe estaban llenos de caza mayor: jabalíes, ciervos, lobos, osos; ya en el 1220 murió víctima de un oso, en Cañamero, el Infante don Sancho Fernández, hijo de Alfonso VII el Emperador; el bosque cubría todas las montañas, la despoblación de los campos extremeños hacía crecer el bosque y los convertía en lugar de caza, a la que contribuía la riqueza de aves de presa, como águilas y halcones, que poblaban sus sierras; todavía en el siglo XV, el halconero del Rey don Fernando, por un privilegio real, cazaba halcones en la sierra de San Pedro para la casa real.

En los bosques extremeños estaba el Rey Alfonso, según la crónica, cuando tuvo noticias de los aprestos militares de Abulhasam, el rey de Marruecos, que, con su escuadra, burlando la vigilancia del estrecho, había entrado en Algeciras y derrotado a la cristiana, con muerte de su Almirante Jofre Tenorio, en el combate del 16 de Abril del 1340. Se ventilaba, una vez más, la posesión del estrecho, de Tarifa y Gibraltar, y el fracaso o el triunfo de aquella política que había iniciado Sancho IV por su posesión, llave de España, y que por eso figuró años más tarde como símbolo en el escudo de Gibraltar.

Acude el Rey Alfonso con todos los medios que tiene, y que previamente los tenía dispuestos, y se dá la batalla del Salado, en 1340, en donde obtiene una gran victoria, que la crónica del Rey, atribuida a Fernán Sánchez de Valladolid, describe minuciosamente. Más de una vez se habría postrado el Rey ante la imagen románica de la Virgen de Guadalupe—imagen sedente sobre un trono o escaño—y a ella recurrió en aquel instante supremo, en que peligraba no solo su vida y su trono y su política sobre el dominio del estrecho,

sino si España iba otra vez a ser musulmana ante el empuje y la coalición que había formado el Sultán de Marruecos. Hace el Rey dos votos: uno, levantar una basílica a San Hipólito, santo en cuya fiesta había nacido, en Salamanca; y otro, de dar gracias a la Virgen de Guadalupe, pues así es como pueden interpretarse las palabras del Rey: «Y porque cuando Nos acabamos de vencer al poderoso Albohacen Rey de Marruecos y de Fez y de Sijulmenza y de Tremecen, y al Rey de Granada, en la batalla que hubimos con ellos cerca de Tarifa, que fué lunes 29 días del mes de Octubre de la data de esta carta, vinimos luego a este lugar por gran devoción que allí habíamos».

El Rey pide el Patronato del Monasterio al Arzobispo de Toledo, para él y sus descendientes, y desde este momento él y los reyes que le suceden en el trono de Castilla y de León, conceden privilegios y mercedes al Monasterio, facilitando el pastoreo de sus ganados y la formación de un foco agricultor ganadero e industrial en Extremadura, ya que el religioso existía desde el encuentro de la imagen, y peregrinaban por sus campos magnates y vasallos para postrarse a los pies de la Virgen.

Priores nombrados por los reyes, tienen el gobierno de la iglesia, hasta el 1389, en que Juan I da el santuario e iglesia, ordenando que se alzase en Monasterio a la Orden Jerónima, recién fundada, y se entregara a Fray Fernando Yáñez de Figueroa. Era este fraile cacereño, de noble familia, descendiente de los conquistadores de la ciudad, y las laudes más antiguas de Santa María son de su linaje. Fué el primer Prior y el que convirtió el Santuario en Monasterio. Por obra de dos cacereños, Gil Cordero y el venerable Fray Fernando de Yáñez, surge el culto a la Virgen de Guadalupe, y bajo su gobierno se amplía y renueva la iglesia, construyendo la capilla de Santa Ana, el claustro mudéjar, su maravilloso templete y la granja de Valdefuente, modelo de organizaciones agrícolas, al mismo tiempo que crecía la Puebla de Guadalupe a la sombra de los frailes jerónimos. Enrique III visita el Monasterio y está algunos días en el palacio de Valdefuente. Las crónicas no relatan las conferencias entre el Rey y el Prior, y sí solo el interés de Enrique III de que ocupara el Arzobispado de Toledo, a lo que se oponía el venerable Yáñez; la tradición siguió conservando el recuerdo de este deseo, y siglos después el pincel del inmortal Zurbarán reproducirá la escena en que sobre la cabeza del Prior, arrodillado, coloca el Rey el bonete de Arzobispo. Muerto el Rey, Yáñez tiene influencia sobre la Reina doña Catalita de Lancaster, y sobre don Fernando de Antequera, de los que es su confesor cuando éstos visitan el Monasterio.

La política del reino de Castilla pasa por los movidos años del reinado de Juan II y del favorito don Alvaro de Luna. La reina doña María de Aragón, hija de Fernando el Antequerano; se encuentra combatida por el favorito, y con el deseo natural de proteger a sus hermanos los Infantes de Aragón, enemigos de don Alvaro. Al Monasterio acuden los Reyes en 1330 y otra vez en 1434, celebrándose novenas y fiestas religiosas, y en esta visita es Prior el P. Cabañuelas, al que le ocurrió el milagro en la Santa Misa, que Zurbarán llevara también al lienzo en su incomparable cuadro de la sacristía del Monasterio. Era un varón lleno de virtudes, y en él debió de encontrar la Reina su consuelo para su espíritu en aquellas luchas familiares, y al que consultaría no solo los casos de conciencia, si no los políticos, pues cuando murió el P. Cabañuelas, según el historiador P. San José, se encontraron en su poder 130 cartas escritas de mano de la reina; hoy no se conservan por desgracia,

pues nos darían luz en muchos puntos oscuros de este reinado. Doña María de Aragón tuvo tal afecto al Padre Cabañuelas, que cuando murió el Prior en 1441, enviaron a la Reina la confesión que por escrito dejaba de lo que le había ocurrido en el santo sacrificio de la Misa.

La Reina hace testamento antes de morir, y ordena que lleven su cadáver a Guadalupe y que tomaran los huesos del P. Cabañuelas y los pusieran junto a su sepulcro. En el Priorato del P. Zamora, del 1444 al 1447, fué llevado al Monasterio el cadáver de doña María de Aragón, labrándose un mausoleo de bronce y alabastro en la Capilla Mayor, al lado de la Epístola. Cumplieron el deseo de la Reina los padres Jerónimos y en la misma caja de la Reina colocaron los huesos del P. Cabañuelas. Doña María fundó tres capellanías con 20.000 maravedises de juro, que fueron situados por Enrique IV, su hijo, sobre las rentas de Sevilla.

Llegan los últimos momentos del Rey don Enrique, el más discutido por la historia, que nunca dará luz en tantos puntos oscuros de su vida y su reinado y se confiesa con Fray Juan de Mameló, Prior de San Jerónimo de Paso, durante una hora. Terminada la Penitencia, Fray Juan le dijo que mirase por su alma y lo que disponía para su enterramiento, a lo que el Rey respondió, que en Santa María de Guadalupe debajo de la sepultura de su madre y que dejaba por testamentarios y albaceas, al Cardenal de España, al Duque de Arévalo, al Marqués de Villena y al Conde de Benavente.

El Cardenal Mendoza fiel albacea en esto del traslado del cadáver del Rey, amplió la última voluntad del monarca de descansar el sueño eterno debajo de su madre, que fué quizás la única persona que le amó desinteresadamente en la vida. Siempre la madre último pensamiento del hombre en esta vida pasajera camino de la eternidad.

La moda renacentista llegó a Guadalupe y se hicieron nuevos sepulcros a doña María de Aragón y a su hijo Enrique IV. Giraldo de Merlo y el hijo del Greco trabajaron en las sepulturas reales, con sus estatuas orantes entre el 1615 al 1618, en que se terminaron, conforme han llegado a nuestros días.

En los campos extremeños se libran combates como el de Albuera en la guerra de sucesión de los Reyes Católicos, y se celebran tratados como el de Trujillo, precedente del de las Tercerías que pone fin a la guerra. Los Reyes visitan varias veces el Monasterio de Guadalupe, en una de estas visitas, en el mes de Abril del 1486, les acompaña un desconocido extranjero, del que se reían muchos, tratándolo como visionario o loco, es Cristóbal Colón, que desde el 20 de Enero de 1486, ha entrado al servicio de los reyes y al que en 1487 y 1488 entrega el Tesoro Real varias cantidades, dos de 3.000 maravedies y dos de 4.000 maravedies. En Puebla de Guadalupe fecharon los Reyes la cédula real para que se equipen las carabelas.

Esta es la explicación de por qué cuando el regreso del primer viaje, y a hacer la promesa de ir a un Monasterio y dar gracias a Dios, si salvan la vida de la tempestad, Colón nombra a Guadalupe y al Almirante le cae en suerte sacando un garbanzo negro, y vendrá de peregrino y a bautizar los primeros indios en España en su Monasterio y pondrá luego el nombre de Guadalupe a una isla en su segundo viaje.

Desde este momento el nombre de Guadalupe suena en América y en Méjico se levantará otro Monasterio por la milagrosa aparición de la Virgen a un indio, prometiéndole su protección para todos los que a ella acudiesen, y dejando su Imagen estampada en la tilma o manta del indio. El Nuevo

Mundo tendrá desde este momento un Monasterio de Guadalupe y hasta en su guerra de Independencia llevará en sus estandartes la Imagen de la Virgen.

El 22 de Diciembre de 1576 llegaron al Monasterio Felipe II, otro Rey calumniado e incomprendido de nuestra historia y su sobrino el Rey don Sebastián de Portugal, para tratar éste de convencer a su tío de que le preste su ayuda en su empresa de Africa y el prudente Felipe II de disuadirlo en sus locos proyectos, que estuvieron a punto de triunfar en Alcazaquivir y lo hubiera conseguido, si solo luchara con los moros, pero tropezó con un renegado el cordobés Solimán del Pozo, que muerto el sultán Abdelmalie se hizo cargo del mando y ordenó una terrible carga envolvente de la caballería mora que en pocos minutos aniquiló al ejército contrario, muriendo en el combate el Rey portugués.

A Guadalupe van de peregrinos, Pizarro, Hernán-Cortés, Cervantes y tantas otras figuras de nuestra historia, que dejan a su paso recuerdos de su fé y de su magnificencia al par que el Monasterio se engrandece, y se convierte la milenaria Imagen de la Virgen en el símbolo de la unión de España y América que cristalizará en la palabra hispanidad.

MIGUEL A. ORTI BELMONTE.

ERMITAS OLVIDADAS

POR AURELIO MARCOS MONTERO.

La Iglesia Parroquial de Villamiel, de gruesos muros de piedra labrada, símbolo de la firmeza de la fé de un tiempo pasado, señorial y grandiosa, parece que prohija y ampara una ermita: la de las Animas.

Pequeña, reducida, humilde, sencilla. Puerta de madera vieja, con mordiscos del tiempo. Interior de paredes arrugadas, de distintos tonos blancos. Imágenes antiguas, cubiertas por el polvo del abandono, casi de la indiferencia. Sobre el altar vasos de cristal gordo que el uso ha hecho opacos. En ellos arde lánguidamente, con crepitar agónico, una lamparilla. Llama que es homenaje y recuerdo a los que nos precedieron.

Esta ermita, recogida y austera, carente de adornos que distraigan nuestro espíritu, tiene también su día, en el que su cenobítica paz, se ve alterada, por el movimiento y visita de gentes. El resto del año no turba su tranquilidad más que el zumbido de la laboriosa abeja, o el suave murmullo del paso nervioso y oscilante de un múrdo.

El día de difuntos, envuelta en las tinieblas de la noche, sale del templo parroquial la procesión de las Animas. Filas largas y apretadas de fieles en actitud meditabunda. Rostros serios. Ropas oscuras. Cirios amarillos. En las mentes la presencia y evocación de los seres queridos que nos dejaron. Armonías fúnebres rompen el silencio. Los niños, un tanto asustados por el recuerdo de historias que les contó la abuelita en su regazo doblemente maternal.

La conmemoración de la fecha, los cantos, la noche, el lastimero doblar de las campanas, nos invita al examen y la meditación.

Al instante de comenzar, la procesión, precedida de cruz parroquial con